

ILUSTRACION ARTISTICA

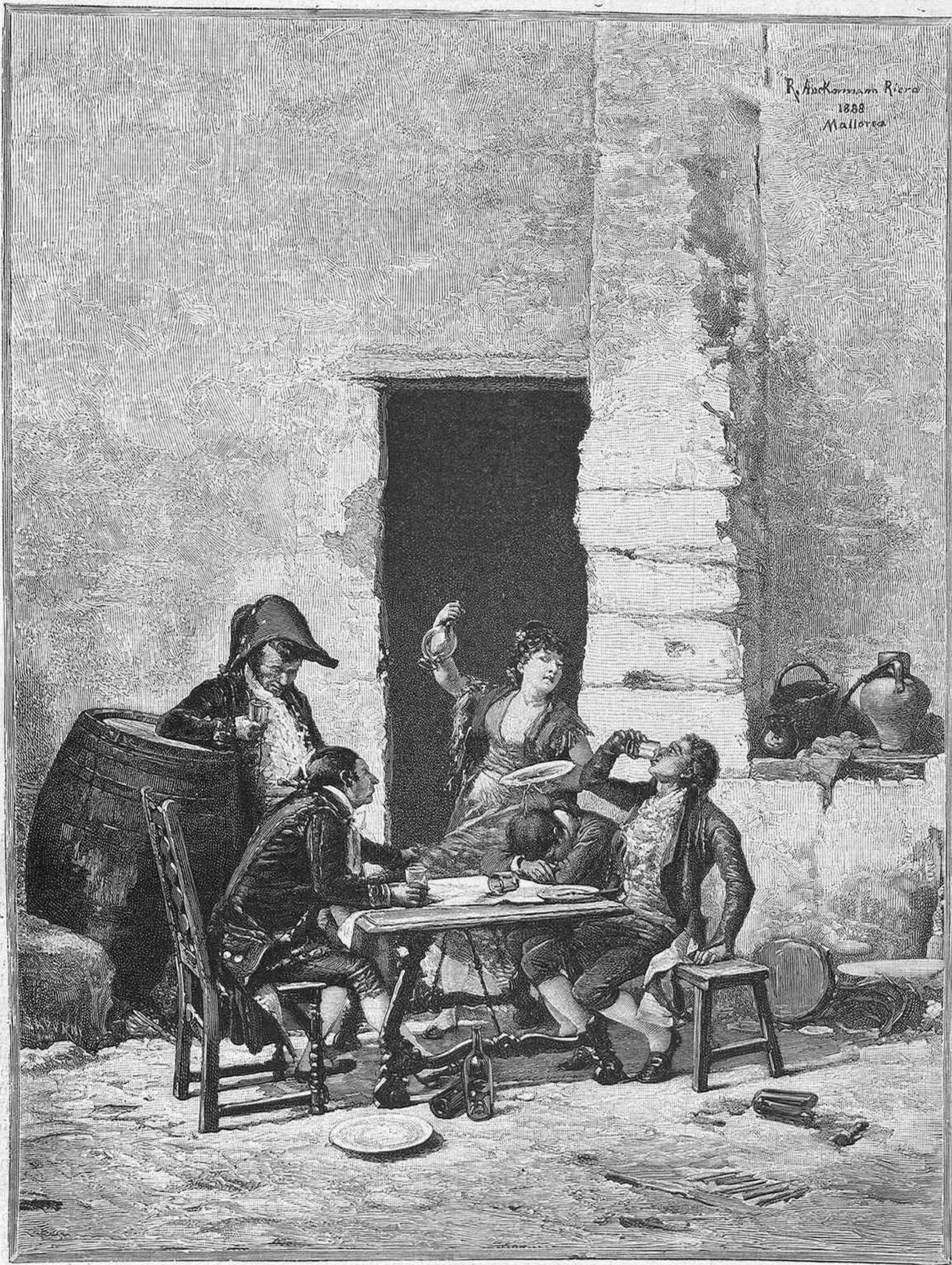
AÑO VII

→ BARCELONA 26 DE NOVIEMBRE DE 1888 ←

NÚM. 361

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN PARÉS



EL BRINDIS, cuadro de A. R. Riera (grabado por Sadurní)

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados. — Exposición Universal de Barcelona*, (continuación) por don J. Yxard. — *Servir al Rey!*, por don Luis Mariano de Larra. — *El teatro Tagalo*, (continuación) por don Vicente Barrantes.

GRABADOS. — *El brindis*, cuadro de R. Riera. — *Jaime Salvador y Félix de Azara*, estatuas de Eduardo B. Alentorn. — *Labradoras descansando antes de entrar en el mercado*, cuadro de Tomassi. — *La muerte del héroe*, cuadro de Forsberg. — *M. Harrison*, electo presidente de los Estados Unidos. — *¡Se acabó!*, cuadro de Leopoldo Schumtzler. — *¡Qué gusto!*... cuadro de Chevillard. — *Medalla conmemorativa de la visita hecha en Roma por el emperador Guillermo II al rey Humberto I.* — *Suplemento artístico: La boda interrumpida.*

NUESTROS GRABADOS

EL BRINDIS, cuadro de R. Riera

(Exposición París)

Los que venimos estudiando las manifestaciones del moderno renacimiento artístico español, vemos á menudo y con verdadera satisfacción que allende el mar, en nuestra patria sin embargo, hay quien cultiva el arte con excelentes condiciones. Mallorca tiene muy discretos pintores, lo cual no es de extrañar por cierto dadas las circunstancias de esa bendita isla; y prueba es de ello el cuadro que publicamos en el presente número. No se trata de una obra de aliento, sino de un lienzo de género que tiene color y sabor de época, un grupo gallardamente concebido y figuras hábilmente dibujadas.

JAIME SALVADOR Y FÉLIX DE AZARA

Estatuas de Eduardo B. Alentorn

Decoran estas estatuas el vestíbulo del Museo *Martorell* que la ciudad de Barcelona debe á un ilustre patricio, cuya conducta generosa merecía haber tenido mayor número de imitadores. Los dos insignes naturalistas han sido bien reproducidos por nuestro paisano Sr. Alentorn que ha impreso á su obra el carácter de severidad propio de la calidad de los personajes y del edificio de que constituyen la principal ornamentación. Dignas eran ambas figuras de ser expuestas, como lo han sido sus modelos en nuestro Palacio de Bellas Artes, donde llaman con justicia la atención de los inteligentes.

LABRADORAS DESCANSANDO

antes de entrar en el mercado, cuadro de Tomassi

A media noche abandonaron el rústico lecho y se encaminaron á la ciudad cuyos habitantes descansan perezosamente. La necesidad de vender su mercancía hace redoblar la ligereza de su paso. El frío hiela sus miembros... ¡Adelante! La lluvia ó la nieve azotan su rostro... ¡Adelante también! Sus piés se hundían en el lodo ó son desollados por los guijarros del camino... ¡Adelante, adelante siempre!

¿Tiene algo de particular que, llegadas al término de su fatigoso viaje, si encuentran cerradas todavía las puertas de la ciudad, el cansancio las rinda, como á la codorniz que cae abatida sobre la hospitalaria arena?... ¡Qué agradable cuadro el de ese plácido descanso sobre el duro suelo, que la juventud y el cansancio convierten en mullido lecho!... Una sola figura parece desentonar la tranquilidad general: una mujer á quien los rigores de la vida han anticipado la ancianidad, parece velar el sueño de sus compañeras... ¿Quién sabe si, aprovechando el reposo de la naturaleza, recuerda los episodios de su pasada existencia, los tiempos en que joven, bella, alegre, libre, triscaba por el monte y adornaba con silvestres flores su abundante cabellera?... La desgracia enturbió el brillo de sus ojos y surcó de arrugas su semblante. ¡Cuán despiadadas son las venganzas del tiempo!

LA MUERTE DEL HÉROE, cuadro de Forsberg

¡Un héroe!... Realmente lo fué ese joven que dió la vida por su patria; mas no parece sino que esa patria ha satisfecho todas sus deudas con el mártir en el momento en que le confiere el título de héroe... ¿Qué le importa á esa madre, postrada por el dolor, de que la patria llame héroe al hijo que la arranca de las entrañas? ¿Qué importa á la humanidad el respeto con que ese veterano general y esos bravos oficiales se descubren ante el moribundo, si una bala disparada por se ignora quién, ha tronchado en flor una existencia embellecida por los encantos de la juventud y la esperanza? ¿Qué importa siquiera al fervoroso creyente exhalar el último suspiro bajo las sagradas bóvedas del templo, si este templo ha sido convertido en Hospital militar, donde el hedor de la sangre ha reemplazado al aroma del incienso y los quejidos del dolor han sustituido al himno de la recogida hija de María?...

¡Horribles escenas las escenas de guerra! Se necesita un corazón muy entero para saturarse de ellas hasta el punto que lo ha hecho el autor del cuadro que reproducimos. Cuéntase de un pintor que para estudiar debidamente los efectos de una tempestad se hizo atar al palo de un buque y estuvo tomando apuntes mientras los elementos desencadenados amenazaban sumergirle en los abismos del Océano. Menos valor se necesita para ello, á nuestro ver, que para visitar un Hospital de sangre en la hora suprema de la muerte de un héroe, como debe haberlo hecho Forsberg antes de pintar este lienzo. Y sin embargo, no de otro modo puede aspirarse á impresionar al público, haciéndole sentir lo que el artista ha sentido, presenciar dolores físicos y morales como aquél los ha presenciado; porque, como dice el preceptista latino, si el poeta ó el artista se propone hacer llorar á los demás, fuerza es que antes haya gustado él mismo el tormento de las lágrimas.

M. HARRISON

Electo presidente de los Estados Unidos

He aquí un nombre desconocido y de repente hecho célebre como puede serlo el del más poderoso soberano. El simple ciudadano de ayer se encuentra ó se encontrará muy en breve á la cabeza del Estado quizás más poderoso del mundo: la simple votación de un pueblo ha obrado este milagro social. Ni esto ocurre por vez primera en los Estados Unidos de América, ni otra cosa prueba sino que cada hombre lleva en sí mismo el germen de las mayores grandezas.

El presidente electo, candidato del partido republicano, nació en Puerto-Bend (Ohio) el 20 de agosto de 1833. A los veinte años mal cumplidos, apenas terminados sus estudios, contrajo matrimonio y se estableció en Indianópolis. En 1860 hallándose desempeñando el cargo de relator en el Tribunal Supremo de la Indiana, y con ocasión de estallar la guerra separatista, se despidió de su espo-

sa é hijos y entró á servir en el ejército del Norte con el grado de teniente. Por su talento y bravura ascendió rápidamente en la milicia, habiendo asistido á las batallas del Kentucky y del Tennessee, terminando la guerra con el grado de comandante de la brigada de Vashville que debió á la recomendación del general Hooker. Concluyó la guerra y el ilustre soldado, como la mayor parte de aquellos generales no menos ilustres por ser improvisados, volvió á ejercer su modesta posición civil, hasta que en 1870 los republicanos le nombraron gobernador de la Indiana. Esto y el haber sido elegido senador en 1881 son los antecedentes del presidente electo de los Estados Unidos de la América del Norte.

¡SE ACABÓ!... cuadro de Leopoldo Schumtzler

Asunto cien veces tratado, pero no con el éxito obtenido por el profesor alemán. Como en todos los cuadros de género, la expresión dada á los personajes suple la falta de interés del argumento y bajo este punto de vista y el del lugar de la escena, es recomendable la obra que publicamos.

¡QUÉ GUSTO!...

cuadro de Chevillard, grabado por Baude

El que no se ha visto obligado á hacer una larga caminata con zapatos nuevos y estrechos por añadidura, no ha podido experimentar el gusto que sienten los pies oprimidos al librarse del horrible tormento de su prisión. Esta observación vulgar, este hecho de todos los días, ha inspirado á Chevillard un cuadro humorístico, verdadero modelo de naturalidad y de expresión. El buen cura ha creído desahogarse muchas veces en su camino y únicamente por el buen parecer y por temor á desollarse las plantas de los pies, ha renunciado á la grata idea de descalzarse y viajar como es probable que viajaron los apóstoles. Pero en cuanto ha llegado á su habitación y se ha quitado los malditos zapatos ¡con qué libertad ha respirado!... ¡Con cuánta fruición ha gozado de la vida! ¡Qué mirada tan llena de gratitud ha dirigido á esas viejas chancletas de que la negra honrilla le hace prescindir siempre que se echa á la calle!...

El asunto no puede ser más trivial y menos artístico. Ello, empero, el cuadro es agradable, gracias á un desempeño de primer orden. Este puede apreciarse tanto más en nuestro grabado por cuanto el insigne Baude parece haberse recreado en su ejecución.

Medalla conmemorativa de la visita hecha en Roma por el emperador Guillermo II al rey Humberto I

El joven emperador de Alemania, apenas sentado en el trono que dejó vacante su augusto y malogrado padre, se ha propuesto estrechar personalmente los vínculos de amistad que le unen á los soberanos de Austria é Italia merced á la triple alianza ajustada por una diplomacia que da pruebas de poseer escasa memoria. La estancia de Guillermo II en Roma ha sido conmemorada por medio de una medalla en cuyo anverso es de ver á un genio, que nos parece de sobra mayor de edad, sosteniendo el retrato de los dos poderosos aliados, orlado de roble y laurel. En el reverso hay una leyenda de dudosa interpretación y encima de ella el águila de Italia sin duda en amistoso coloquio con el águila de Alemania. Mas como tiene sus dificultades dar expresión de recíproca benevolencia á los pajaricos carniceros de esa especie, cualquiera diría á primera vista que las tales águilas están á punto de armar quimera. También es de ver en ese reverso á la loba romana alimentando á los gemelos de la tradición latina. Si es alusión á los dos hermanos coronados que se han abrazado en Roma, Dios no permita que su amistad termine como la de los gemelos de la loba.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA BODA INTERRUPTA

cuadro de J. Weiser, grabado por Brend'amour.

Exposición artística de Munich

No falta quién sostiene que si en nuestros tiempos no abundan los pintores de grande aliento, débese á que nuestros tiempos distan mucho de ser heroicos y á que las tragedias del mundo moderno no son de índole á propósito para que la imaginación del artista se remonte á superiores esferas. Nos permitimos creer que esta opinión entraña un error manifiesto: los tiempos, poco más ó menos, han sido siempre lo mismo y los hombres han estado sometidos á unas mismas pasiones, que han revestido idénticas formas. Lo difícil hoy como ayer y como siempre es inspirarse en las escenas de la vida real y hacer plásticamente bellas las tragedias de la sociedad en que vivimos. Quizá nuestros trajes son menos artísticos que los usados en ciertas épocas, quizás la leyenda mitológica y las tradiciones de los tiempos clásicos se prestan más al desnudo tan favorable para revelar profundos estudios del natural; pero estas circunstancias no pasan de simples detalles que el verdadero talento suple con más ó menos dificultad, avalorando más y más las obras de verdadero aliento. Lo que contribuye muy principalmente á que esas obras escaseen por desgracia, es que muchos artistas se dan de alta antes de tiempo y que las mejores disposiciones se malogran cuando el intempestivo deseo de gloria ó las tristes necesidades de la vida, colocan al pintor en el caso de vender bien que mal sus poco meditados cuadros.

Pero la existencia de artistas serios y de obras de singular empresa, demostrada queda en multitud de cuadros, cuyo asunto y ejecución no disminuyen en importancia por estar inspirados en costumbres y tipos contemporáneos. El *Suplemento Artístico* del presente número es buena prueba de ello y la representación de la boda interrumpida que recuerda una escena análoga de una ópera muy popular, nada pierde en efecto dramático y en valor pictórico por el hecho de que la desposada no sea la infeliz *Luca*, ni el amante aparecido en el momento supremo vista el traje escocés del pobre Edgardo.

Concebido el asunto con verdadera grandiosidad, el autor lo ha distribuido con una holgura que demuestra hábitos de mando. Porque no sin estrategia artística se sitúan y maniobran las fuerzas de que aquél dispone para ganar la batalla que libra á la impresionabilidad del público. Obsérvese sino cuán bien colocados se hallan los grupos, qué valentía hay en los semblantes y en las actitudes y cuán ocultamente, pero con cuánta seguridad, convergen todos los personajes al grupo principal, en el cual se realiza una verdadera explosión de sentimiento. No haya temor de que nadie dude un solo instante de quién es el novio desairado, de quiénes son los asombrados padres de la presunta esposa, del efecto de sorpresa que deja con la boca abierta al sacerdote y del sentimiento nada caritativo que domina en el precioso grupo de las amigas de la desposada, saboreando de antemano el placer de comentar el grande escándalo. Este reviste todos los caracteres de una profanación, casi de un adulterio; y sin embargo la vista más pudorosa puede fijarse en esa pareja de enamorados, tratada con una delicadeza que pone de su parte al público sensible. El lugar de la escena está detallado con verdadero lujo y ni una sola de las muchas figuras del lienzo huelgan en él ó podría suprimirse impunemente.

Mientras se pintan cuadros como la *boda interrumpida* no cabrá decir que el arte decae. Lo que sucede y ha sucedido siempre es que las estrellas de primera magnitud escasean así en el cielo como en la tierra.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

BARRACONES

(Continuación)

No son tan bellas como las anteriores diversiones las figuras de cera. Ya algunos maestros las tiraron á la cabeza de los ultra-realistas para convencerlos con un ejemplo palpable de la diferencia que media entre la imitación exacta y la imitación artística. Tienen realmente no sé qué de repugnante y siniestro que, grabándose en la imaginación desde la infancia, nos sobrecoge de nuevo como reminiscencia de sus terrores, cuantas veces volvemos á ver tales muñecos. He visitado hace poco las dos colecciones, — una en la Plaza de Cataluña, otra en la Gran-vía — y me han causado el mismo efecto de pesadilla insoportable de la primera edad. La palidez amarillenta de aquellas cabezas, plantadas sobre rígidos troncos rellenos de paja, la inmovilidad de aquellas actitudes que pretenden imitar la animación de la vida, los trajes marchitos y chillones á la vez, todo da á las figuras evidente semejanza con los cadáveres de un siniestro, sorprendidos súbitamente en su acción, empolvados por los escombros de la catástrofe, abotagados por una agonía violenta.

Nada tan ridículo y triste como los retratos de cuerpo entero de personajes célebres, que suelen ser siempre los mismos, y cuyos bustos se aplican á distintos maniqués, representando diferentes individuos. Allí están León XIII bendiciendo y con mueca bien poco beatífica, Carlos VII con su boina, Alfonso XII, envarado como un maniquí de tienda de efectos militares, D. Pedro V de Portugal, el cura Galeote, Panxa-Ampla, etc., etc. Su popularidad igualó á reyes y asesinos, actrices y papas. A veces, sin que sepamos por qué, entre las notabilidades contemporáneas figura todavía alguna que pasó ya de moda y de quien nadie se acuerda: rezagado de la voluble fama que, de barracón en barracón, vino á parar á manos del empresario actual, como, de cita en cita, llega al conocimiento de los eruditos el nombre de un autor antiguo que nadie lee. Así, en una colección de hoy, nos sorprende el convencional retrato de la famosa Rita Luna, con un calificativo muy pomposo en el correspondiente membrete. Será sin duda un desecho del tiempo en que figuraba en las ferias. De modo que, incluso aquí, los hados hacen y deshacen reputaciones. ¡Y qué reputaciones! Causa una suerte de conmiseración ver á los grandes de la tierra de tal modo sujetos á la explotación y á la risa: representación simbólica de aquella otra esclavitud con que la sociedad los agobia mientras viven.

Pero aun se ha inventado otra profanación más risible: la reproducción de los cuadros famosos con figuras de bulto. La *Campana de Huesca*, *Los Amantes de Teruel*, *Juana la Loca*, así reproducidos, desencantarían para siempre de la pintura á sus autores. ¡Curioso efecto! ¡Cómo la leve modificación de un grupo, las desproporciones de una figura, el empaque de otra, truecan lo más grave en la cosa más risible del mundo! ¡Cómo el bulto, que se acerca más á la realidad, convierte en insoportable visión la impalpable vida del color, y en yerto y fúnebre guiñapo el mismo atavío del personaje!

Los sucesos reales, así reproducidos, adquieren el aspecto de caricaturas horribles, que dan igualmente risa y extraña angustia al propio tiempo. Los crímenes son de rigor en tales colecciones. Satisfacen aquella curiosidad, aquel anhelo, aquella atracción irresistible de lo terrorífico, que se atribuyen al vulgo con bastante injusticia, porque en realidad los siente todo el mundo, desde la aristocrática dama al gañán. El asco, el miedo ó la reacción de la sensibilidad, nos hacen volver el rostro ante una escena patibularia, pero hay algo que nos atrae á ella sin que sepamos por qué, algo como el placer del horror y el malestar de una emoción fuerte suspendida. Un barracón de figuras de cera sin crimen, quedaría desierto. Nada que tanto atraiga como la reproducción del más popular durante una temporada. Hoy por hoy la gran novedad ha sido el de la calle de Fuencarral. Verdad que hay otros también. Con algunos ocurre lo que dije de las celebridades: son crímenes ya viejos que se perpetúan en la colección: como el asesinato de la condesa Morvín por su criado, ella, vestida de blanco, tendida sobre un sofá, él, de librea, levantando el puñal en la misma actitud del lacayo que se cubra y saluda. Pasaron años desde que el hecho ocurrió, lo vieron nuestros padres y es posible que lo vean nuestros hijos. Pero fuera de estos, repito, que no podía faltar la última y ruidosa causa. En ambas colecciones está el cuadro, exhibido casi del mismo modo. La escena es en una salita modesta como de fonda de cuarta clase, con sus sillas enfundadas y sus mecheros de gas en la pared y ésta, cubierta de papel pintado. En un rincón figura una cama de hierro con las ropas en desorden. Sobre una silla las de una señora. El cadáver, casi desnudo, yace ensangrentado en el suelo. La criada está en pie rociándole con la alcuza de petróleo... y el efecto es repugnante, inolvidable: un cuadro de miseria, lúgubre... ¿Hasta qué punto es lícito sustituir así la noticia al fin y al cabo destructible, por una imagen corpórea que ya no se borra nunca, y fomenta poderosamente en el vulgo la certeza de un hecho?

Por fortuna, para desvanecer estas impresiones penosas, hay en todas partes grotescos peleles que vienen á ser como el sainete junto al melodrama. La inspiración de los creó es la misma; sólo varía el medio representativo. El inglés que va á sentarse en un banco recién pintado de verde y se levanta con los faldones manchados, el con-

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



JAIME SALVADOR

Estatuas que decoran el vestíbulo del Museo Martorell en el Parque de Barcelona, obra del escultor Eduardo B. Alentorn



FELIX DE AZARA

sabido cobrador de los billetes que el distraído confunde con el de verdad, llevan los mismos sombreros y levitones aquí que en los cafetines-cantantes, y hasta parece que hacen los mismos gestos de los graciosos de zarzuela. Unos y otros pertenecen á un género jocoso y bobalicón, que divierte indefectiblemente al vulgo; aquí, en cera; allí, de carne y hueso; y hasta sus chistes cuando hablan, y su música cuando cantan, tiene aquel mismo aire acanallado, chocarrero y convencionalísimo: todo es uno: patrón de feria para público de feria.

* *

No cabe hablar aquí de los fenómenos, monstruosa explotación de las aberraciones de la naturaleza; espectáculo desconsolador; muestrario de ejemplares vivos en que fundar las más pesimistas teorías. Se han exhibido aquí durante la temporada verdaderas curiosidades y entre ellas los colibris de Munstedt, compañía de siete liliputienses de ambos sexos; pero sus grotescos ejercicios, sus representaciones, su canto, causan una impresión tan penosa y de lástima, que escapa á toda festiva observación. Hay que dirigir los pasos á otra parte.

A los tiros de carabina, por ejemplo, de importación francesa, como tantos otros espectáculos.

Estos fáciles ejercicios al aire libre, son otros tantos y manifiestos rasgos de la influencia de nuestros vecinos en las costumbres de esta ciudad. En el teatro, la traducción del francés; en el café, la copla de vaudeville y el can-can parisiense; para el artesano y el muchacho callejero, el tiro: sport popular que sustituye lentamente alguno que otro ejercicio tradicional, si alguno queda. Perdido el juego de pelota; poco usada aquí, según creo, la barra; invadidos por la creciente urbanización los terrenos y solares sin edificar, el jugador de bolos apenas halla donde sentar sus reales entre el corro característico de curiosos; las pedreas de pilluelos pertenecen á la historia; los tiros de palomos y gallinas resultan caros... y en el mismo centro de la ciudad planta su barracón transitorio el empresario á la francesa.

En el fondo, figuran algunos blancos pintarrajdados: el eterno zuavo francés á quien se apunta en el corazón; un rata, al que se le da en las narices. Algunos son más ingeniosos: consisten en un armario con cerradura. Si se acierta en ella, las puertas se abren y se desliza corriendo sobre rails un muñeco vestido de majó ó de sultana. Otros monigotes hay en hilera clavados en el borde de los postes con una visagra; si se da en la cabeza, cae el muñeco hacia adentro. Se tira con bala, con flecha, con tarugillos de madera y con pelotas á mano. Todo está reglamentado y previsto. En letras muy gordas y manuscritas se lee en una tabla: «6 tiros 25 céntimos. — El tiro que sale fuera, vale — Se ha de tirar derecho, y no recostado — El que derriba un muñeco gana un caramelo — El que derriba seis muñecos gana un cigarro ó 6 caramelos.»

En otros reglamentos se dice: «Tiro de carabina — Aire

comprimido — Por distracción (!) — El muñeco que, por más ó menos fuerza de la pelota, después de derribado se levanta, no tiene premio, pero, en cambio, se devuelve la pelota al tirador.» — Ya se comprenderá que copio casi al pie de la letra con alguna que otra corrección ortográfica.

No suele haber disputas... á pesar de esta legislación previsora. Los Gavroches barceloneses usan por lo común la pelota, y fuman con aire triunfal el cigarro de estanco obtenido en buena lid. A veces no hay en el mostrador otro dueño que una chiquilla de la misma edad de los parroquianos, que con la mayor indiferencia y adustez, recoge las pelotas, paga, premia... y se come las uñas.

Los mayores apuntan y disparan con la misma formalidad, con el disimulado orgullo de verdaderos Guillemos Tell. Son muchos los que tienen la mirada certera y el pulso firme.

* *

Pero no todo ha de ser importado. La industriosa del catalán, la ingeniosidad en prolongada incubación, paren de cuando en cuando novísimas é inesperadas exhibiciones, que prueban cuán arraigado está el genio de la invención ultra barroca en algunos cerebros.

Un empresario ha exhibido una serie de monumentos artísticos contruidos con naipes. Se titula *El Ingenio*, y se decía en el programa: «El Ingenio ya sólo vale un real» ó algo así. Los castillos, los arcos triunfales, las iglesias, los monumentos dedicados á los héroes de la Independencia tienen por sillares, cartas, por escudos, los ases de oros, los jarrones son copas, los balaustres, bastos. Las figuras son las de la baraja, recortadas: el caballo de espadas es una estatua ecuestre, los reyes, generales, y las sotas, soldados de infantería. No puede darse un efecto más grotesco.

Otro industrial presenta un fac-símile de las cuevas de Mallorca, que causa impresión realmente singular. En espacio bien reducido, el espectador atraviesa subterráneas galerías, sofocantes, húmedas y tétricas como las naturales; cruza puentecillos rústicos, descendiendo á covachas de 80 palmos de altura, oye el rumor del agua goteando oculta, contempla un lago natural, estalactitas caprichosas, eflorescencias de la piedra... Extraviado en aquel laberinto, alumbrado siniestramente por los candiles de minero que cuelgan de las terrosas paredes, olvidada á poco la noción de las dimensiones reales, se creería por fin bien lejos de la ciudad en los solitarios antros de una montaña, en espaciosas cavernas de una novela de Julio Verne... Pero, allá en el fondo, entre los graníticos sustentáculos de la tierra... un telón pintado nos vuelve á la realidad. El cicerone advierte bonachón que va á estallar una tempestad rimbombante por aquellas cavidades. Parpadea una luz y suena una plancha de zinc sacudida no se sabe dónde... ¡Salgamos! ¡salgamos!

20 de noviembre

J. YXART

¡SERVIR AL REY!

CUENTO QUE PARECE MENTIRA Y ES UNA VERDAD DE Á FOLIO:

6

Capricho dramático en 5 cuadros, y en prosa y verso, con prólogo y epílogo

PERSONAJES

UN QUINTO. — Muchacho de 20 años; oficial de carpintero, ó mozo de labranza ó peón de albañil.

LA MADRE. — No hay que explicarla. Como todas. ¡Bendita sea!

EL PADRE. — Que está trabajando en una cantera de yeso á cuatro leguas del lugar de la acción, y que no habla. Llorará á su tiempo.

LA NOVIA. — Preciosa para el quinto. Diez y nueve años. Le quiere con toda su alma. Según sea el alma, así será el cariño.

UN SARGENTO. — ¡Dios sabe lo que será con el tiempo! Fusilado, general ó portero del Ministerio de Hacienda.

CUATRO HOMBRÉS Y UN CABO. — La fuerza de la ley... y la ley de la fuerza.

ÉPOCA. — En pleno siglo XIX.

PAÍS. — Cualquier pueblo de cualquier provincia, de cualquiera nación civilizada.

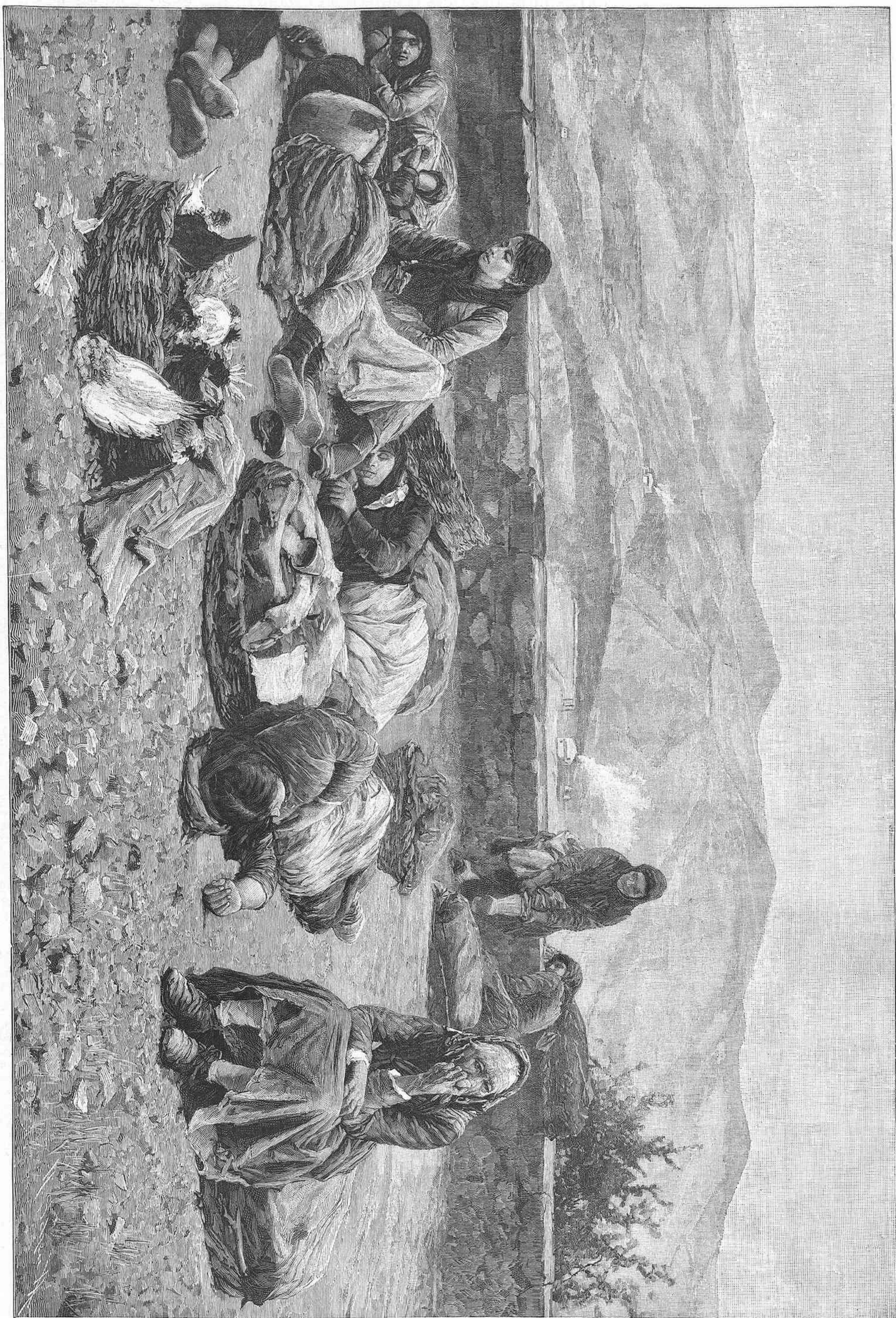
PRÓLOGO

El teatro representa la plaza del pueblo. La casa Consistorial á la izquierda. — Una taberna á la derecha: otra taberna dos puertas más arriba: otra taberna dos puertas más abajo: otras dos tabernas á la izquierda: otras tres tabernas al foro: otras cuatro tabernas en las cuatro esquinas: cinco tabernas á lo lejos: seis tabernas á lo cerca.

Todas las puertas de las tabernas abiertas. La de la escuela cerrada. La campana del Concejo toca como á fuego. El reloj del Cabildo da las diez. Varios grupos de mujeres se acercan á la puerta grande del Consistorio. El alguacil sale de una taberna, entra en otra, y luego en otra, decidiéndose por fin á penetrar en el Ayuntamiento. Los concejales salen de distintas tabernas; y alumbrados, cual más, cual menos (casi todos más) penetran en el edificio de los Ediles.

El Alcalde constitucional, ó presidente del Ayuntamiento, ó primer Alcalde, ó jefe del Municipio, atraviesa la Plaza con planta firme y valerosa. Lleva sombrero de copa alta, y bastón de caña de indias con borlas negras. Aunque el invierno sea frío, no usa ya capa, por no parecerse á los antiguos y tradicionales Alcaldes de monterilla, de que están llenas las crónicas y los sainetes de D. Ramón de la Cruz, el madrileño, ó de Castillo, el gaditano.

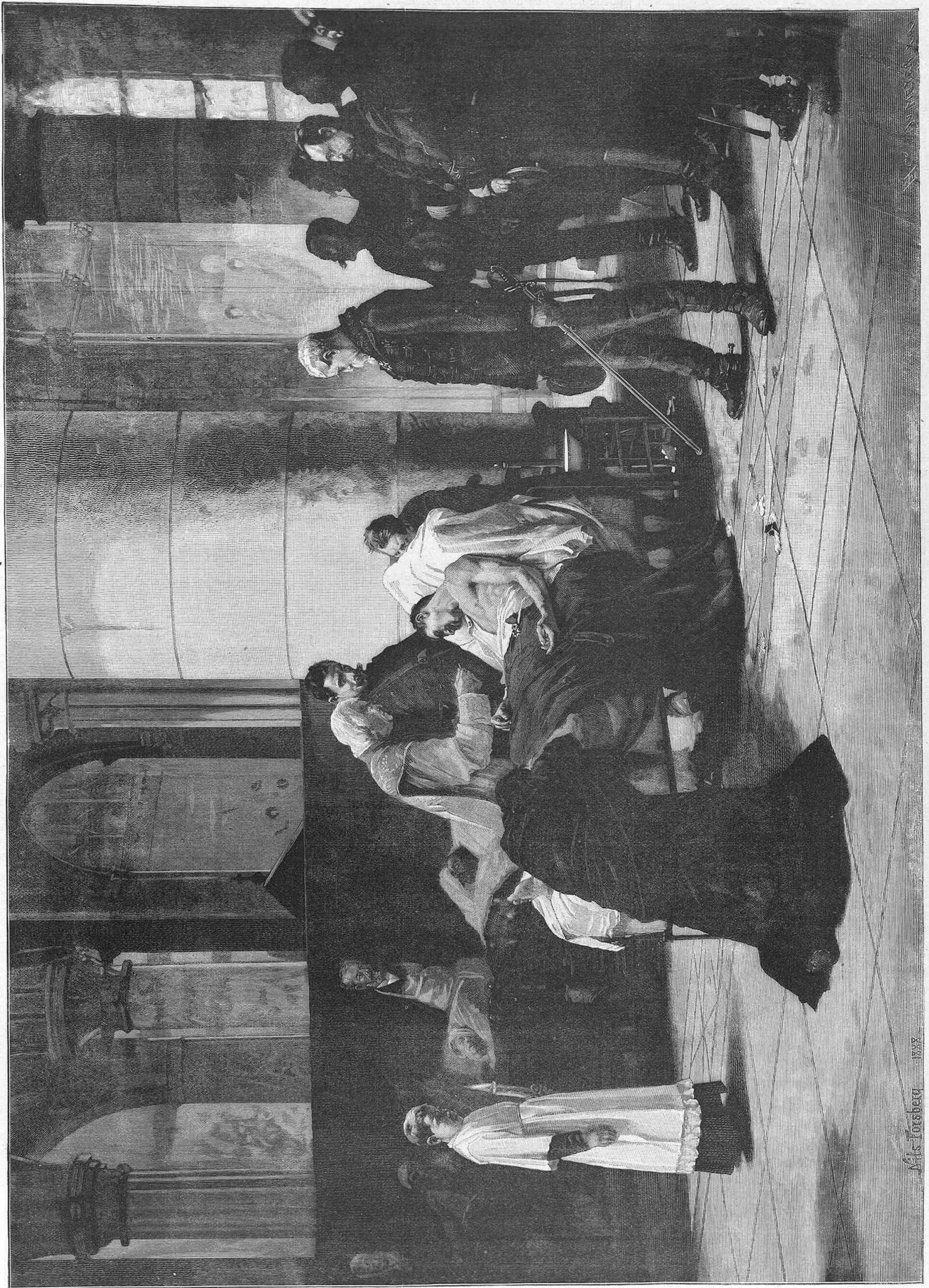
— Se abre la sesión. — Se saca un bombo, ó globo, lleno de bolas con números. El secretario revuelve papeles, papelo-



LABRADORAS DESCANSANDO ANTES DE ENTEJAR EN EL MERCADO, cuadro de Angiolo Tomassi



LA BODA INTERRUMPIDA, CUADRO DE JOSÉ WEISER, GRAVADO POR BRENDAMOUR



LA MUERTE DEL HÉROE, cuadro de Forsberg

Eds. Forsberg 1888

tes y papeletas. Se leen algunos nombres; se gritan algunos números; se escribe una lista; y el secretario sale al balcón con el alguacil. Lee en voz alta números y nombres, á los que responden en la plaza ayes y maldiciones y carcajadas y berridos. Los tristes maldicen; los alegres aplauden; unos se retiran silenciosos en medio de algunas mujeres: otros corren disparados dando saltos y brincos, empujando á las prójimas que los rodean.

Se levanta la sesión. — El Alcalde se retira á la botica á echar un tresillito con el boticario, el cura y el cabo de la guardia civil. Los concejales penetran otra vez en las tabernas. La escuela sigue cerrada.

— ¡Maldita sea mi suerte! — berrea el Quinto, que figura en la lista de personajes de esta obra. — ¡Sacar el número 3 siendo 17 los mozos sorteables, tiene agallas!

— ¡Hijo de mis entrañas! — murmura la madre. — ¡Servir al Rey!

— ¡Servir al Rey, en vez de servirme á mí! — murmura en voz más baja la novia.

— ¡Hola, Pan-tierno! — dice el cabo que ha presenciado el sorteo; — aquí tienes á tus compañeros de glorias y de rancho. — Y señala á los cuatro soldados.

— A la taberna, chaval! — le dicen los cuatro soldados.

— No hay nada en el mundo mejor que servir al Rey!

— Pues ¡viva el Rey, y á la taberna!

Los personajes, medio gimiendo y medio blasfemando, entran en la taberna más próxima.

La puerta del Ayuntamiento queda entornada, para que se coloque con sus trebejos una castañera, que ha de vender castañas podridas á los chiquillos del pueblo.

La escuela continúa cerrada: cuelgan de las ventanas y de la puerta espesas colgaduras de telarañas.

(Cae el telón. — Fin del prólogo)

CUADRO PRIMERO

El teatro representa el interior de un cuartel, en las afueras de la ciudad. Como el edificio fué antes convento, las cuerdas están en los claustros, la cocina está situada en la capilla del Sagrario y los fogones caen debajo del altar mayor de *alma perpetua*. Las bóvedas siguen pintadas al temple, y los cuatro Evangelistas ahumados presencian diariamente la asquerosa confección del rancho. Los calabozos son la cripta del templo y la despensa de los frailes.

Los quintos bajan con chaqueta de bayeta encarnada y pantalón de dril. Barren las escaleras del edificio, los patios y corrales. Mondan patatas, limpian las botas á los sargentos, cargan con las sacas de paja... y sirven al Rey!

Salen después en pelotones de ocho á diez con un alférez viejo de mal genio y peor talante, fusil al hombro, para aprender á marchar.

— ¡Uno! dos! — uno! dos! — uno, dos! — uno, dos! — etc.

Multitud de chiquillos presencian las maniobras, ríen de las torpezas de aquellos *hombres*, cuando ellos, rapaces de siete á diez años, marchan con soltura y precisión.

Algún quinto que otro, más torpe que los demás, lleva un bofetón ó dos del cabo instructor, una patada del sargento primero y un puñetazo del oficial. Los chicos ríen: los otros quintos ven pelar las barbas de sus vecinos y tiemblan por la suya.

Toque de corneta. Al cuartel...

— Uno... dos! — uno, dos! — uno, dos! — etc.

Se come el rancho, y al otro día, vuelta á empezar! — Se siguen mondando patatas; se friegan los banquillos de las camas; se llevan á cuestras los jergones de esparto por corredores y escaleras.

Juramentos, soeces palabras, blasfemias, vicios repugnantes, alardes asquerosos; *se sirve al Rey...* y cae el telón.

(Fin del cuadro primero)

CUADRO SEGUNDO

El teatro representa un edificio del Estado. — Bandera nacional en el balcón. Colgaduras ajadas y llenas de manchas. Faroles encendidos en los balcones. Son las doce de la noche y la temperatura es de tres grados bajo cero. No se ve un alma por las calles. El agua que mana de una fuente vecina se hiela antes de caer en el pilón. El Quinto está de centinela; lleva tres cuartos de hora y aun le faltan quince minutos de servicio. Se pasea tiritando. Entra en la garita y se restriega las manos una con otra. Estornuda, tose y sale de la garita. Empieza á soplar un viento glacial. Con los dedos plagados de sabañones reventados, apenas puede coger el fusil. Un dolor agudo en el costado izquierdo paraliza sus movimientos y dificulta su respiración. Cuando vienen á relevarle le encuentran casi sin movimiento.

— ¿Qué le pasa á Pan-tierno? ¡Pues no es poco delicado!

— A ver: la consigna. Tres pasos al frente! Muchacho, el relevo.

Con gran dificultad pronuncia el Quinto algunas palabras.

— ¿Qué es eso? — pregunta el oficial cuando el cabo y los cuatro hombres vuelven á la prevención.

— Nada, un número enfermo.

— ¿Qué tiene ese quinto?

— Pues nada... una pulmonía!

Mutación

Dos meses después. Colgaduras en todos los balcones. De la iglesia vecina salen curas, monaguillos y cofrades.

Suena una marcha militar. En andas aparece un Santo, que puede ser el que ustedes quieran. Algún cohete que otro cruza el espacio y se pierde en las nubes. Cuatro soldados llevan el palio, que pesa algunas arrobas. Al bajar el último escalón del templo, al Quinto se le escurre un pie y cae al suelo, arrastrando á sus compañeros y al palio que le cae encima, rompiéndose la cabeza contra las piedras. Brota la sangre y el público se arremolina.

— ¿Qué es eso?

— Pues nada, que un soldado se ha roto la crisma.

— ¡Es Pan-tierno! ¡qué bárbaro! — Ya tiene para días.

Mutación

Cuatro meses después. Colgaduras en más abundancia que en las dos mutaciones anteriores. Gran parada. Desde el obelisco de la fuente Castellana hasta la cabecera del Canal se extiende toda la línea. Desde las diez de la mañana están formadas todas las fuerzas de la guarnición. Cruzan jefes y oficiales de Estado Mayor. Un general, al paso, con escolta. Otro general, al trote, con más escolta. Otro general, al galope, con mucha más escolta. Pasa una hora, nada. Las doce en el mes de julio con una temperatura de 40 grados: se masca el polvo. Las doce y media, la una, nada. Pausa, toque de corneta. — La marcha real. ¡Chin! ¡chin! — Presenten, arm!

Generales, más generales, muchos generales, todos los generales.

— ¡Firmes! — Un soldado se cae al suelo asfixiado. — ¡A ver!

— ¿Qué es eso?

— ¡Calla! Pues si es Pan-tierno, el quinto de marras! ¡Qué estúpido! Siempre le sucede algo. ¿Qué tiene ahora?

— Pues nada, una insolación ó un tabardillo pintado que se decía antes.

— ¡Ah! ya, sí. — El tífus, vaya; pues al hospital.

— Paso redoblado. — ¡March!...

Y sigue el desfile, y todos van tan marciales y tan contentos. — ¡Qué hermoso es servir al Rey! — Cae el telón.

(Fin del cuadro segundo)

CUADRO TERCERO

El teatro representa una sala del Hospital Militar. Edificio por fortuna menos asqueroso por dentro que por fuera. Una cama. En ella incorporado el Quinto. Han pasado veinte días. Una hermana de la Caridad lee una carta en voz alta que dice así:

«Querido hijo de mi alma: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles, etc.

»Por tu última que recibimos ayer sabemos que estás con el tífus y que te has puesto malo con el sol y que estás en el hospital y que te acuerdas de nosotros y que dices que no tienes un cuarto y que que será de nosotros y que cuándo nos verás. Pues á eso te digo yo que soy tu madre, que hemos llorado mucho y que á tu padre se le caía la lágrima tan gorda y que á tu novia le escama que no la escribas y que se murió el tío Bencejo. Que con estas cosas tan malas como están, sólo te puedo mandar diez reales, y que los gastes en memoria nuestra, pues en el hospital estarás muerto de hambre.

»De parte de tu padre, dice él, que te diga yo, que dice la chica que anda tras ella el chico de Perulero el sacristán, pero que ni ella le puede ver, ni ese es el camino. Que te espera á que tomes la licencia. Y que no te vayas tras las *surdipantas* de Madrid, que ella sabe lo que son y que dice que viven en la calle de la Justa.

»Y con esto no te canso más, y memorias de tu madre que soy yo y te quiero, etc.»

Se acaba la carta: el quinto se sonríe; le traen un caldo y se duerme. Empieza la convalecencia.

(Fin del cuadro tercero)

CUADRO CUARTO

Dice un periódico ministerial:

«El ejército: ese baluarte de nuestras libertades; ese representante de las glorias de la patria, es el que alejado de las luchas de los partidos, sólo debe vivir por la paz y para la paz. En ella debe aprender á triunfar en la guerra, si los partidos extremos desalentados le obligaran á ella. *Si vis pax para bellum.*»

Dice un periódico de oposición:

«¿Qué hace el ejército mientras tanto? Atrofiarse en la vida estéril de guarnición. Borrar su glorioso pasado con su indolencia actual. Perder el tiempo en las ocupaciones mecánicas de la existencia cuartelaria. ¿Quién ha de creer viendo á nuestros soldados de hoy, que son los herederos de Hernán Cortés y del Gran Capitán?»

Dice la *Correspondencia de España*:

«Parece que en vista de las continuas escaramuzas que se libran entre matuteros y dependientes de consumos, resultando de ellos, reyertas, puñaladas, tiros y hasta desgracias personales, de las personas que intervienen en estos actos de salvajismo; se ha dispuesto que una patrulla de los cuerpos de la guarnición, *vigilen* y recorran la zona fiscal, y las casillas del resguardo de fuera de puertas, en el radio de las afueras, para evitar aquellas colisiones.»

Dice la orden del día del Regimiento Infantería, número tantos:

«Patrulla de consumos. Sargento López de la cuarta del primero con 12 hombres de la misma. — A las 6 de la tarde, relevará á Garellano. Cae el telón.»

(Fin del cuadro cuarto)

CUADRO QUINTO

La escena representa los alrededores de Madrid por más allá del Puente de Vallecas. Varias casillas de madera pintadas de negro se extienden á lo lejos por cerca de las tapias del Retiro y el ferrocarril del Mediodía. Es de noche. Aullan los perros; se oye el escape de un caballo. Varios dependientes de consumos gritan... ¡A ese! ¡a ese! — y salen corriendo detrás del jinete. Otros matuteros se presentan de improviso y cargan sobre los carabineros. Suenan algunos disparos.

La patrulla del ejército se presenta, y hace fuego sobre los matuteros; éstos huyen disparando una escopeta, un retaco y un revólver. Cae un soldado muerto y otro herido.

— ¿Quién es el muerto? — ¡Calla! el pobre Pan-tierno! ¡Qué estúpido! — No ha dicho ni Jesús. Le entró la bala por la espalda y le salió por el pecho. R. I. P.

— ¡Dichosos los que mueren por la patria!

— ¡Gloria eterna á los que sucumben por la libertad del país!

— ¡El soldado que muere en el campo de batalla, escribe su nombre en las inmortales páginas de la Historia!

— ¡Qué hermoso es morir y conquistar la gloria!

— ¡Qué importa sucumbir si sucumbiendo se alcanza el laurel de la victoria!

EPÍLOGO

En el cementerio del Este hay un hoyo grande. En él cayó sin caja, sin preces, sin responsos, sin lágrimas y sin duelo, el quinto Pan-tierno.

Su madre lo supo á los dos meses y murió de pena á los seis.

El padre de que hablamos en el prólogo, lloró por los dos.

La novia se casó al año con el hijo de Perulero.

Y el globo en tanto sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío...

A esto se llamaba en el siglo pasado, y se sigue llamando en 1888, *servir al Rey!*

LUIS MARIANO DE LARRA

EL TEATRO TAGALO

POR DON VICENTE BARRANTES

(Continuación)

III

Origen del *Moro-moro*. — El himno de Riego. — Teatro de Binondo. — Edificanse los de Tondo y Quiapo. — Intrigas de bastidores. — Censura y contribución impuesta al teatro tagalo. — Abundancia de teatros chinos. — Los carrillos. — D. Juan Tenorio, en el carrillo de la calle de la Magdalena.

La mayor antigüedad que en mi concepto puede concederse al teatro tagalo es la de 28 de abril de 1750, en cuyo día se celebró en Panique, pueblo de la actual provincia de Pangasinán, el bautizo de Alimudin, rey de Joló, con el nombre de Fernando I en obsequio y remembranza de Fernando VI, que entonces reinaba en España. Hicieron allí grandes fiestas á costa del Erario público, á saber: corridas de toros y comedias, teniendo que recurrir para estas últimas á los indios, porque los españoles se negaron á tomar parte en ellas por la ocasión y por la persona, que sultanes y datos de los que viven en la vecindad del Archipiélago nunca serán para sus habitantes europeos sujetos de cuenta y valía, pese á nombres y títulos más fantásticos que reales. Arreglaronse como pudieron los jesuitas, autores de la cristianización de Alimudin y de todo aquel melodrama político-religioso; y fué el caso que los moros de la llamada corte joloana (cuatro ó seis esclavillos más ó menos graduados de chambelanes) quisieron por su parte meterse en el corro y hacer también fiesta á su rey, poniéndolo por obra de la manera que hemos descrito en nuestras *Guerras piráticas de Filipinas*, y que dice así:

«Armados de lanzas, crises y rodela, á guisa de falanges próximas á acometerse, formaron todos un círculo, y aquel en quien se suponía más valor entró en el centro, dando uno ó dos fuertes alaridos con ademán horrible y dos ó tres zancadas, tras las cuales comenzó su ejercicio, llevando en una mano su lanza y en la otra la rodela y la cris pendiente de un tahalf. Después algo encorvado atravesó con celeridad todo el círculo é irguiéndose en seguida fué de un extremo á otro dando saltos de hiena y mirando de una á otra parte como aquel que desafía á su enemigo. Paróse luego, dió unas cuantas patadas en el suelo, meneó la cabeza, rechinó los dientes haciendo al mismo tiempo gestos horribles, y arrojando su lanza por desprecio empezó á dar tajos y reve-ses al aire con su cris como un loco furibundo al compás de alaridos salvajes. Cuando parecía hallarse descansando, repentinamente corrió otra vez hacia una y otra parte, á donde se figuraba que el enemigo se le escondía, y acuchillando el suelo rabiosamente como si cortase una cabeza, con un terrón en una mano y en la otra el cris, púsose á tejer un baile horrible en señal de victoria, hasta que empapado de sudor salió del círculo triunfante para ser reemplazado por otro y otros sucesivamente.»

Aquí tenemos indudablemente el origen del *Moro-moro*, baile ó pantomima guerrera ó ambas cosas á la vez, que desde entonces forma parte integrante de los espectáculos

tagalos, y que embriaga á los actores hasta el punto de convertir en *Moro-moro* toda escena de cintarazos y cuchilladas, que abundan mucho en su repertorio teatral. No hay raza de los países intertropicales que no tenga su pantomima ruidosa, bailable y guerrera, cuyos puntos suelen ir en sentido inverso de su virilidad, notándose la rara circunstancia de que los negrazos de Abisinia y el Mar Rojo, así como los malayos de Colombo y Ceylán, tipo recio y fornido por regla general, gritan menos y se retuercen menos que los débiles aetas de Filipinas y las ruines mujeres de nuestra nueva colonia de la Ascensión, que también hacen danzas guerreras en rancho aparte de los hombres.

Por cierto que muy recientemente han adquirido los filipinos la costumbre de acompañar el *Moro-moro* con el himno de Riego, porque les suena á zambra bélica, que no con malicia política según creyeron gobernantes cándidos al tener acordada su prohibición en el breve reinado de don Alfonso XII. Afortunadamente comprendieron á tiempo que la malicia era de ellos, y las pobres orquestas indígenas siguen destrozando nuestra marcha del Nuncio, como llamó graciosamente don Claudio Moyano al himno liberal, en sus increíbles instrumentos, no pocas veces de caña.

El bautismo de Alimudin y las circunstancias que lo rodearon empezó sin duda á introducir la afición á tales espectáculos, aunque no lo bastante para sostener un teatro especial tan siquiera en Manila. Parece indudable que el primero que hubo se construyó muy avanzado este siglo, en la calle que hoy lleva su nombre en el barrio de Binondo, y corre paralela á la de San Vicente entre las calles Nueva y de San Jacinto. Resentido por el terremoto de 1852, se hundió inopinadamente en 1853, salvándose por milagro una compañía de niños dirigida por un tal Apiani, que la noche misma anterior había representado en él. Acababa de adquirir cierta celebridad, gracias á los deportados políticos de 1848, entre los cuales iba, como es sabido, don Narciso de la Escosura, que con su mujer la señora Coronel, antigua actriz del teatro del Príncipe y otros elementos análogos, dió allí muchas representaciones que excitaron y difundieron la afición teatral. No hay que decir que esta compañía, puramente española aunque



M. HARRISON, electo presidente de los Estados Unidos

contase con serviciarios y partiquinos indígenas, sólo puede figurar en la historia de la dramática tagala como estímulo y acicate al genio nacional, frases de que nos valemos por ser las corrientes en escritos de esta índole, que no por su exactitud académica.

Pruébalo evidentemente el coincidir con los días de

este teatro de Binondo la aparición de los primeros dramas tagalos, si en punto á fechas y argumentos cronológicos pueden aventurarse afirmaciones cuando de Filipinas se trata. Un escritor que firmaba en la *Ilustración de Manila* con el nombre de *Corene*, al estudiar ligera y desmañadamente por cierto las costumbres del país, en un tipo á quien llama *Juancho*, dice de él que «es gracioso y el que tiene este don hace fortuna en Filipinas; dió á conocer sus facultades y talentos el día de la fiesta de su pueblo en que se representó la comedia de *Los doce pares de Francia y otros tantos de Turquía*, *Juancho* hizo su debut en el papel de gracioso en el que se lució y quedó tan asentada su reputación de tal, que ya se propuso hacerlo su busca-vida y no trabajar.»

Es también posible que ya tuvieran los tagalos algún teatrillo en Manila, pues en la primera disposición legislativa que sobre el ramo existe, y es un bando del inolvidable general Clavería, de 30 de julio de 1847, se llama *Español* al teatro de Binondo, como quien hace distinciones que el buen sentido público ha de completar. Quédanos de este teatro, que podemos llamar primitivo, aun siendo tan moderno, una descripción, hecha por D. Rafael Díaz Arenas, en sus *Memorias históricas y estadísticas de Filipinas*, publicadas en 1850, donde en el cuaderno 10º dice:

TEATRO DE BINONDO

«Hace cuatro años que se ha construído desde sus cimientos en el sitio de San Jacinto donde una grande quema dejó despejado el terreno que ocupaba una multitud de casas de nipa, que el gobierno prohibió justamente reedificar. Su entrada en las noches de función es por la calle de San Jacinto y la salida por la calle Nueva. Esta calle, que los carruajes atraviesan en toda su longitud parando á la puerta del teatro, es también nueva y no sabemos que tenga nombre á no ser que le digamos calle de la Comedia. Por ella se entra en el edificio, que tiene un vestíbulo por todo el frente, coronado de una galería alta, cubierta, la cual sirve de desahogo en los entreactos. También tiene dos alas que comprenden dos salones altos y en la parte baja dos cafés.»



¡SE ACABÓ!... cuadro de Leopoldo Schumtzler

»Sobre su distribución interior ha habido reclamaciones por parte del público quejoso de la configuración que tiene, la cual no permite ver y oír bien desde ciertos sitios. Los periódicos se han ocupado algo de esto. También se esparcieron ciertas voces alarmantes sobre su solidez, que motivaron reconocimientos judiciales; pero parece que sin fundamento, como lo ha demostrado la experiencia.

En cuanto á su coste debemos deducir á falta de otros datos, por los traspasos que ya se han verificado, que pasa de 30,000 pesos, cuya mayor parte lo han dado á premio las Obras pías y la caja de Carriedo, que administra el Ayuntamiento. Modernamente ha recibido muchas mejoras.»

La semilla sembrada en el teatro de Binondo no podía menos de germinar, aunque con la lentitud propia de aquel país, y así como los españoles empezaron á contar con el teatro como uno de sus principales elementos de distracción, no es dudoso que los indios sintieran la misma necesidad, satisfaciéndola en sus fiestas con dramones interminables, tomados por regla general del repertorio de los *Corridos*. Como ninguno de aquéllos se ha impreso y de éstos el más antiguo, según hemos dicho ya, es de 1816, debe de colocarse en el segundo cuarto de este siglo el génesis del arte tagalo, considerando como su verdadera cuna, aunque prestada, el teatro de Binondo.

Entre 1853 y 1860 se edificaron otros dos en Tondo y en Quiapo, que todos subsisten aunque mejorados y perfeccionados, por modo que permite juzgar de lo que debieron de ser en sus primeras, míseros y hasta impropios de una ciudad populosa. Cuando el arte español no ha tenido elementos para apoderarse de ellos, cosa harto frecuente, ó no acudían á Manila saltimbanquis ó prestidigitadores, el indígena Dios sabe cómo, los ocupaba, y así iba creándose un personal de aficionados... vamos al decir. Menos por cierto se descuidaron los chinos en improvisar sus ruidosos teatros, que con sus músicas más ruidosas aún atruenan el barrio en que se establecen. Semejante situación llegó á ser despreciativa para nuestra patria, y el Ayuntamiento de Manila empezó á pensar en remediarla. Decimos empezó, porque hasta los pensamientos sufren allí una digestión lenta y penosa. Según la *Ilustración* de los primeros meses de 1860, ofrecía á la empresa que construyese un buen teatro, asegurarle 4 ó 5 por ciento de interés á su capital. El proyecto se hallaba en estado de nebulosa, al decir del articulista, y la muerte del segundo cabo, general Solano, que ejercía interinamente el gobierno supremo de las islas y era hombre de bastante iniciativa y buen deseo, vino á aplazarlo por algún tiempo, dejando á Manila con sus dos teatros miserables, donde si el arte no progresaba, las intrigas bullían como si fuera un gran coliseo. Cierta compañía ambidextra, que ni era de ópera ni dramática y sin embargo hacía á pluma y á pelo, arrastrando lánguida y oscura existencia, se dividió en dos para ocupar ambos teatros sin público en ninguno, porque si á los españoles no les satisfacían por míseros, á los indígenas les eran por lo graves antipáticos. En Quiapo se presentó al público por el mes de julio un señor Pasta, que según el arti-



¡QUÉ GUSTO!... cuadro de Chevillard

culista *Opac* «debía de ser de Macarroni, porque es un cocinero mediano de un buque.» Dato que da idea de la escasez de elementos artísticos que se padecía. Toscos telones y enseres humildes formaban toda la riqueza de aquel teatrillo, donde también se presentó á debutar un aficionado de esperanzas, cuyo nombre se omite, con *La herencia de un valiente*, *Las dos bodas descubiertas* y *El regreso de un soldado*, títulos que no figuran en el repertorio espa-

todo lo que no es auto ó expediente. El único soplo espiritual que antiguamente penetraba en aquel pudridero procedía de los conventos, que influyendo sobre el alma y la inteligencia de los que las tenían, contrapesaban enérgicamente, por decirlo así, los otros dos elementos predominantes del estado social.

(Continuará)



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA VISITA HECHA EN ROMA POR EL EMPERADOR GUILLERMO II AL REY HUMBERTO I

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN